

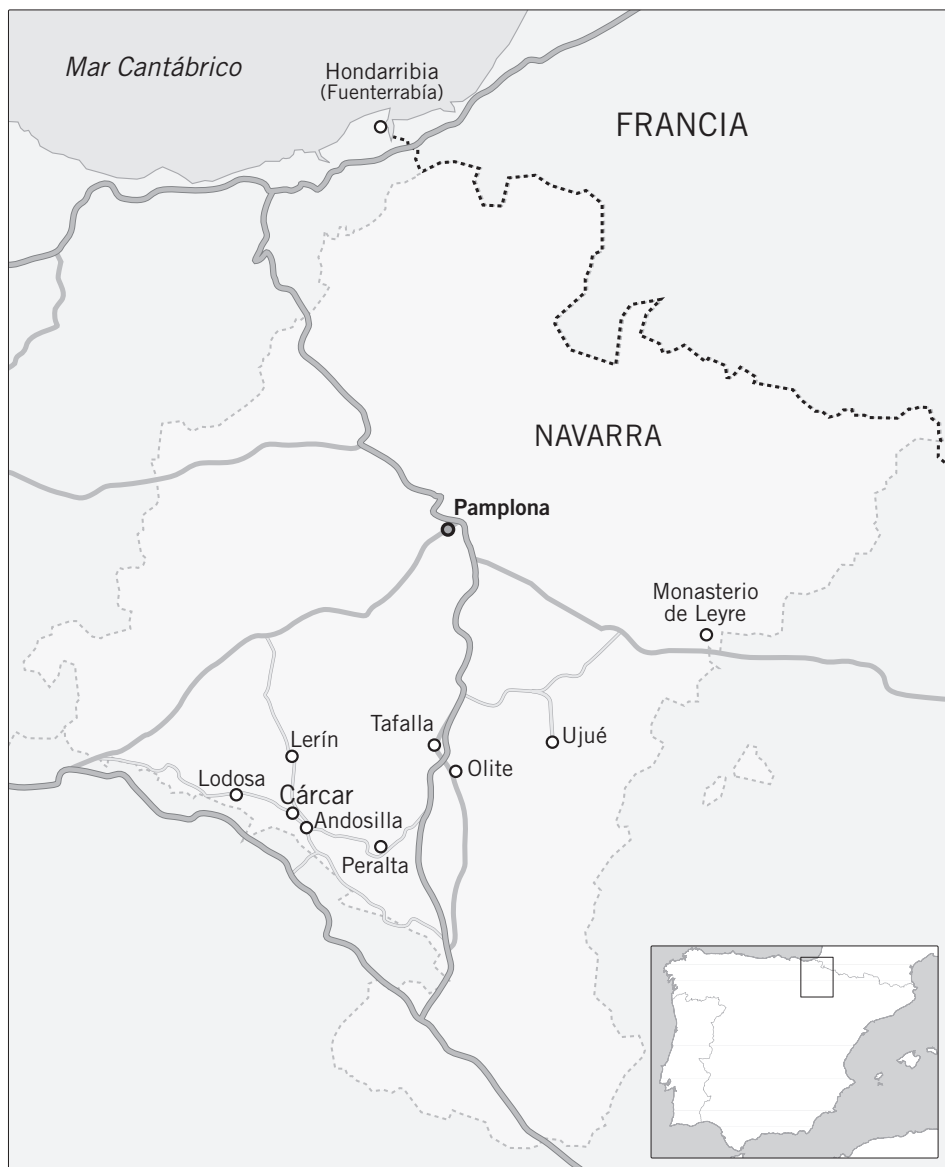
ESTELA CHOCARRO

NADIE *ha* MUERTO
en la CATEDRAL



MAEVA

ESCENARIOS DE LA NOVELA



Glosario de personajes

Rebeca Turumbay: profesora universitaria y empleada de la Fundación Gala-Salvador Dalí de Figueres. Llegó a Cárcar buscando sus raíces durante el verano de 2010. Es sobrina segunda de Daniel el Gallardo.

Víctor Yoldi: periodista de Cárcar que trabaja para el *Diario de Navarra*. Ahora vive en Pamplona y se verá una vez más inmerso en una investigación junto a Rebeca Turumbay.

Daniel González el Gallardo: anciano irónico y arisco que vive en la residencia de Cárcar. Tiene un don natural para la pintura y es el único pariente vivo de Rebeca Turumbay.

Anastasia Chalezquer: anciana de carácter fuerte, aunque sensible, que también vive en la residencia. Compañera sentimental de Daniel el Gallardo.

Patricio el Gitano: amigo de Daniel y compañero de residencia. Primera persona de etnia gitana que se instaló en Cárcar.

Marcelo Agreda: amigo y compañero de Daniel, Anastasia y Patricio en la residencia. Padece demencia senil

y siempre está cantando y recitando refranes y dichos del pueblo.

Cristina Zudaire: la joven jefa de patología forense; se verá inmersa en la investigación que realizan Víctor y Rebeca.

Don Gregorio: antiguo cura de Cárcar, ya jubilado. Vive en la residencia de ancianos y está aquejado de cáncer.

Don Veremundo: abad del monasterio de Leyre.

Don Ramiro: párroco de Santa María de Ujué.

Don Javier Ezpeleta: deán de la catedral de Santa María la Real de Pamplona.

Terencio Díaz de Rada Gambarte: abogado contratado por el arzobispado. Un gigante que recuerda a Fernando Romay, el exjugador de baloncesto. Además, es primo del consejero Gambarte.

Sebastián Gambarte Díaz de Rada: consejero de la Diputación, descendiente de la ilustre familia Gambarte.

Ramón Gómara Biurrun: gestor del museo de la catedral de Pamplona.

1

Pamplona, año del Señor de 1085

Creyó escuchar el torpe caminar del padre Menni y su cuerpo se tensó al instante.

Apenas había pasado un día, pero Gastón García no paraba de dar vueltas y más vueltas a aquella disyuntiva. ¿Debía comunicar al señor obispo lo que había visto? Sabía de buena tinta que el padre Menni era la mano derecha de monseñor Pedro de Roda y que delatar al cura podía acarrearle más problemas que beneficios; pero para ser honestos, y él se tenía por una persona muy honesta, afanarse las monedas del obispo era un delito que debía ser castigado, o al menos tenido en cuenta. Podía darse el caso de que algún inocente cargara con la culpa del robo si él no decía lo que sabía. Pero aun así dudaba. Ojalá no lo hubiese visto, se decía preocupado.

El día anterior se había acercado a la casa del obispo para informar de la inminente conclusión de la obra. Un sirviente le indicó que aguardara y entornó la puerta, pero la hoja quedó a mitad de camino y le permitió ver lo que sucedía en dos de las tres habitaciones cuyas puertas estaban dispuestas frente a la de entrada. El obispo se hallaba en la habitación cerrada. Una de las otras dos estaba vacía y la tercera... La tercera era el lugar privado del obispo, donde rezaba y tomaba

decisiones, donde recibía visitas importantes y donde, al parecer, guardaba preciosos tesoros y valiosas monedas. En esa habitación el padre Menni estaba robando, hurtando, afeitando bienes ajenos... Había muchos modos de decirlo pero tan solo una interpretación posible. Sus miradas se cruzaron un segundo justo cuando el contrahecho hombrecillo se amarraba la saca a la cintura por debajo de la sotana. El sacerdote no podía estar seguro de cuánto había visto el arquitecto desde la puerta de la calle, pero podía sospechar que, si llevaba allí unos instantes, lo había pillado in fraganti. Gastón García quedó demasiado impresionado, completamente sorprendido por la mezquindad del sacerdote como para denunciar su oprobio en ese momento.

El obispo lo mandó pasar a la habitación que se había mantenido cerrada hasta entonces. Gastón García comunicó la buena noticia y el obispo le prometió que al día siguiente recibiría su retribución tal y como habían acordado en un principio. Como muestra de gratitud le entregó una moneda de oro que sacó de un bolsillo oculto de su sotana.

La Santa Madre Iglesia valoraba su capacidad para llevar a cabo las construcciones con el menor número de bajas y sin salirse del presupuesto. Gastón García cumplía, hablaba poco y trabajaba duro. Así era como siempre lo había hecho su padre, y antes de este, el padre de su padre. Los gruesos muros de una vara de ancho harían que ni el frío ni el calor irrumpieran en el recinto. El techo abovedado, igual que la única ventana. Arcos de medio punto, como mandaban los cánones de la época. La construcción, que era su vida igual que había sido la de sus antepasados, evolucionaba tan rápido que apenas había tiempo para la autocomplacencia. Era necesario adoptar los nuevos métodos, las nuevas corrientes. Si no, se quedaría atrás y eso significaría perder el sustento diario.

Apenas un día después del saqueo, mientras esperaba la llegada de su paga, Gastón García daba los últimos retoques

a aquella estancia que en muy poco tiempo se destinaría al culto. El sonido de los pasos fue creciendo hasta que el cura estuvo a su lado, escoltado por tres hombres a los que nunca antes había visto. Hombres rudos que lo miraban con desconfianza.

–Ave María Purísima –saludó el sacerdote.

–Sin pecado concebida –respondió el constructor con un nudo en la garganta. Aquella visita no podía significar nada bueno.

El padre Menni se manejaba con dificultad a causa de sus piernas asimétricas, una medio palmo más larga que la otra. Una cuña de madera atada al pie de la pierna corta le ayudaba a andar pero no impedía su aparatosa cojera. Así pues, se acercó con su habitual torpeza hasta casi rozar el oído del constructor y habló en un susurro:

–Vengo a darle la extremaunción.

Gastón García no tuvo ocasión de protestar. El miedo se apoderó de él mientras los tres hombres lo agarraban de los brazos, le metían una mugrienta tela de saco en la boca y le ajustaban a las muñecas unos grilletes unidos a unas gruesas cadenas. Lo arrastraron hasta un pequeño entrante en uno de los muros y dos de los hombres clavaron los grilletes a la pared mientras el tercero, el más fuerte, lo sujetaba. Trató de zafarse, opuso resistencia, pero no había nada que hacer: uno solo de esos hombres ya era el doble de fuerte que él. Después repitieron el proceso con los tobillos. Estaba aterrado pues comprendía que era su fin. «Vengo a darle la extremaunción», había dicho el sacerdote. Así que iban a matarlo, pero... ¿cómo?

Enseguida lo supo. Los tres hombres desaparecieron durante unos segundos para aparecer de nuevo acarreado piedras. Las mismas que él usaba para construir. Las mismas que comenzaron a colocar frente a él creando un diminuto espacio en torno a su cuerpo.

El padre Menni se acercó con sigilo y descubrió un pequeño recipiente que contenía el Santo Óleo. Gastón García no podía hablar. No podía gritar ni moverse. Los ojos fuera de las órbitas, incrédulo ante aquella situación descabellada y cruel. Su mujer estaría preparando la comida en ese momento, una comida que nunca llegaría a probar. Lo esperaría paciente hasta bien entrada la tarde, después acudiría en su busca y la noche caería sobre ella sin noticias de su amado esposo. ¡Y sus tres hijos! Gimió. Tan pequeños todavía... Se le llenaron los ojos de lágrimas. No lloraba por él, sino por su familia, que a partir de ese día quedaba indefensa.

El muro frente a él crecía con rapidez. El destartelado cura colocó su mano derecha en la frente de Gastón García y dibujó la señal de la cruz por tres veces.

—Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu agonía. Amén.

Para entonces el muro ya le llegaba al pecho.

El padre Menni recogió el Óleo y con lentos movimientos metió la mano en un bolsillo oculto de su sotana. Sacó tres monedas que repartió entre los tres hombres. Un último pensamiento lúcido en la mente de Gastón García: aquellas monedas debían pertenecer, sin duda, al obispo Pedro de Roda.

El sacerdote se marchó como había llegado, con los pasos irregulares sobre el suelo de madera tosca de la capilla que Gastón García había construido.

2

Universidad de Girona,
22 de marzo de 2011

Se adentró en el aula tomando aire para darse ánimo. Reinaba el habitual ambiente de confusión y ruido que precedía siempre al comienzo de las clases. Introdujo el *pendrive* en el ordenador y esperó a que el icono apareciera en el proyector. La primera diapositiva se visualizó con perfecta nitidez. Se volvió entonces hacia sus alumnos. El silencio fue absoluto.

–Buenos días a todos. Tal como adelanté la semana pasada, a lo largo de las próximas clases hablaremos de tres pintores surrealistas: René Magritte, belga, Roberto Matta, chileno, y por supuesto Dalí. Comenzamos hoy por el primero de ellos, René Magritte. Nació en 1898...

–Perdone, ¿puede repetir los nombres? ¿Dalí era el verdadero nombre del pintor o un alias?

La profesora Turumbay fijó la vista en el chico que había formulado la pregunta. Después recorrió con la mirada el resto de la clase, deteniéndose brevemente en las caras de sus alumnos. Tenían dieciocho años, cursaban el primer año del grado de Historia del Arte, pero ¿justificaba eso tanta ignorancia?

Una mano se alzó tímidamente en un extremo de la segunda fila. Rebeca Turumbay hizo un gesto a la alumna

animándola a responder. Una jovencita de aspecto reservado con unas grandes gafas de pasta de color negro dijo:

—Salvador Dalí y Domènech nació en Figueres, provincia de Girona, a principios de siglo, y murió en 1989. Es el más destacado representante del surrealismo en España y uno de los más importantes del mundo.

Toda la clase anotó apresuradamente los datos ofrecidos por su compañera como si la información aportada fuese la fórmula de la coca-cola.

Rebeca se sintió desolada, enfadada e impotente. ¿Por qué estudiaban arte aquellos chicos? No parecían tener ningún conocimiento previo, ni mostraban mayor interés en comprender su esencia; llevaba años constatándolo. Tan solo retenían datos que luego soltarían en los exámenes. Fechas, nombres, corrientes y características básicas. Nada de relacionar, nada de pensar, nada de meterse en la piel del artista, de comprender sus motivaciones, el mundo en el que vivió y cómo influyó en su obra. En cada curso podía encontrar a uno o dos alumnos verdaderamente interesados en su asignatura. Excepciones que no hacían sino confirmar la regla: no había interés en saber, tan solo en aprobar. Siempre había sido así, pero ahora le parecía quizá más lamentable. Seguramente era ella la que había cambiado, no los alumnos, pero eso no la hacía sentirse mejor.

El silencio en el aula se prolongó hasta que Rebeca reanudó la clase. Se paseó entre las filas de sillas con el entrecejo fruncido. Podía limitarse a aportar datos si eso era lo que querían. Si bien era cierto que tenía al menos una alumna a la que parecía interesar lo que tuviese que decir y merecía recibir una buena formación. Sospechaba que, a la larga, aquel bajo índice de interés no sería suficiente para continuar con su labor docente con la motivación y la actitud necesarias, pero en ese momento se obligó a sí misma a impartir una clase brillante para aquella alumna en particular. Volvió a tomar aire

y se esforzó en ofrecer una imagen más relajada. Con la mirada fija en la joven de las gafas, retomó la explicación.

—La obra de Magritte se caracteriza por el uso de objetos cotidianos descontextualizados, con lo que otorga un nuevo significado a cosas que nos resultan familiares, creando un efecto de extrañeza. Esto se ha denominado realismo mágico, del que Magritte es el principal exponente. Además, creó versiones surrealistas de obras de arte célebres...

3

Pamplona, 22 de marzo de 2011

Encontraron el cuerpo el día 22, pero podía llevar varios días muerto. El mes de marzo estaba siendo muy lluvioso, uno de los más húmedos en muchos años. Pero de tormentas nada. Lluvia, lluvia y más lluvia. Había fallecido plácidamente en su cama. Bien tapado y con los brazos cruzados sobre el pecho, como si supiese cómo debía colocarse para quedar bien en la foto, meditaba don Javier Ezpeleta con la mirada fija en el cadáver de Lorenzo Goñi Sola, último campanero de Santa María la Real.

Cuando llegó el médico, el deán ya había recogido el sobre que en medio de aquel amasijo de trastos mugrientos resplandecía como un diamante en una cochiguera. La estancia estaba sucia tirando a indecente, pero a nadie le extrañó el estado de la casa del campanero. Aquel hombre debía rondar los cien años, bastante había hecho con vivir tanto tiempo allí solo. Su mujer había muerto hacía ya muchos años atravesada por un rayo. Lo normal, dadas las circunstancias. Lo que resultaba excepcional era que el último campanero de la catedral de Pamplona hubiese sobrevivido no a uno, sino a dos rayos. Algunos decían que eso no era cierto, que el pro-hombre había superado tres accidentes de esa naturaleza.

Quizá la autopsia, si es que se llegaba a realizar, pudiera arrojar luz sobre ese asunto.

Y estaba el sobre. Don Javier Ezpeleta, deán de la catedral, lo abrió con sumo cuidado. En su interior, una cuartilla manuscrita con una caligrafía desigual efectuada por una mano temblorosa, artrítica seguramente, algo muy normal en un hombre tan mayor. Lo raro era que hubiese conseguido encadenar todas aquellas frases.

La idea de destruir aquel pedazo de papel pasó por la cabeza del deán una vez concluida su lectura. Y no solo pasó por su mente sino que permaneció en ella durante unos minutos, sabedor de que nadie esperaba ni esperaría jamás que aquel hombre tuviese en sus manos evitar o propiciar la debacle que él pensaba que podía desatarse si era verdad lo que allí se afirmaba. Tras darle muchas vueltas, decidió conservar el documento, que no era otra cosa que el testamento del campanero. En caso de ser cierto lo que el anciano declaraba, no había tiempo que perder, pues una vida podía estar en peligro si el asunto se demoraba. Mientras el médico analizaba el cadáver antes de su traslado, don Javier Ezpeleta se dirigió al sacristán de la catedral que, a la postre, era quien había encontrado el cuerpo sin vida del campanero. El hombre no hizo sino encogerse de hombros una y otra vez, pues él no sabía nada de una capilla secreta. Así pues, don Javier Ezpeleta instó al sacristán a acompañarlo en aquella pequeña excursión con el mapa de Lorenzo Goñi en la mano.

Recorrieron distintos pasillos, dependencias y escaleras desde la casa del campanero, situada en la torre norte, muy cerca del lugar donde pendía la campana María, la mayor en uso de todas las catedrales de España. Llegaron al claustro gótico, la joya de la catedral, y tras caminar unos metros por uno de los laterales, lo abandonaron atravesando la puerta del arcedianato.

—Ni rastro de capilla secreta por ninguna parte —confirmó el sacristán algo inquieto al tiempo que se encaminaba nuevamente a la puerta de acceso al claustro.

Pero don Javier Ezpeleta no se movió del sitio. Si había una capilla oculta, él la encontraría. Observó el plano con detenimiento, después hizo lo propio con las paredes que lo rodeaban. Repitió aquella operación una y otra vez, girando el papel, moviendo su cuerpo a derecha e izquierda... Hasta que por fin la vio. Estaba más alta de lo que cabía esperar pero bien podía tratarse de una entrada. Levantó el brazo para comprobar el estado de aquel cemento que cerraba lo que parecía haber sido una ventana o quizá una puerta pequeña. Así pues, se giró hacia el sacristán con mirada interrogante, a lo que el hombre respondió con un nuevo encogimiento de hombros y una ojeada nerviosa a su reloj de muñeca.

—Tiene que haber otra entrada —especuló el deán—, no sé donde está, pero tiene que existir otro modo de acceder a ese espacio.

—Siento no ser de más ayuda, pero tengo prisa y no sé qué entrada busca ni a qué capilla secreta podría referirse nuestro pobre Lorenzo que en gloria esté.

—En el plano queda bastante claro que hay una capilla situada en este lugar —arguyó el deán señalando un punto en la pared—. Puede usted marcharse si tiene prisa, yo seguiré buscando.

—No veo la razón. Lorenzo era un anciano loco que estuvo aislado del mundo gran parte de su vida. Dar crédito a esta sandez no parece muy razonable.

—Seré yo quien se encargue de esa sandez —zanjó tajante el sacerdote—. Gracias por su ayuda.

El sacristán frunció el ceño, salió por la puerta del arcedianato y se marchó presuroso por el claustro.

Por más vueltas que dio, no logró encontrar ni puertas secretas, ni capillas, ni señales de nada detrás de ningún muro.

Estaba exhausto, decaído y frustrado. En fin, ahí terminaba la búsqueda. No podía hacer más. Tal vez el sacristán tuviese razón y el pobre campanero no fuese más que un anciano trastornado a causa de los rayos y la soledad. Así que se acercó a la balaustrada del claustro y dirigió la mirada por última vez a aquella especie de ventana tapiada.

Se había alejado unos metros cuando un gruñido apagado le hizo detenerse. Podía ser cualquier cosa, un eco lejano, un crujido... Dio unos cuantos pasos más y enseguida volvió a escuchar aquel sonido. Nuevamente inmóvil, percibió el ruido de modo más claro. Observó la ventana tapiada. Algún ratón atrapado entre los muros, caviló el deán tratando de ser razonable, pues la otra opción era sencillamente espeluznante.

4

Pamplona, 4 de abril de 2011

El arquitecto de la institución Príncipe de Viana había recibido el encargo hacía ya dos semanas, pero los trámites previos, los permisos y demás problemas burocráticos que había que solucionar eran numerosos. Le costó Dios y ayuda conseguir el permiso para picar aquella pared, y cuando lo obtuvo sintió que estaba profanando un lugar sagrado; pero si ciertamente existía entre esos muros una capilla oculta y quizá alguien encerrado en ella, tenían una obligación moral para con ambos.

A las diez de la mañana abrían un hueco en lo que parecía ser una puerta tapiada a más de dos metros de altura. Tan solo el deán de la catedral, Javier Ezpeleta, el arquitecto de Príncipe de Viana y el sacristán se internaron en aquel agujero. A través de una estrecha escalera entre muros, subieron al menos dos pisos hasta llegar a una pequeña puerta de apenas metro y medio, que era claramente muy antigua, pero estaba en un estado bastante aceptable. A las diez y media, el arquitecto posaba su mano sobre la manilla de hierro que les permitiría franquear la entrada. Abrió la puerta y enfocó con la potente linterna. Antes de poder procesar ninguna imagen, sintieron el hedor dulzón de la muerte.

5

Figueres, 6 de abril de 2011

—**H**emos recibido una petición de la catedral de Pamplona —comenzó Hugo Castells—. De entrada, la pieza es expertizable. Se trata de un óleo de tamaño medio recientemente encontrado en algún rincón, o eso es lo que yo he entendido; en realidad es lo de menos.

La mención de Pamplona removió algo dentro de su cuerpo cuya naturaleza no consiguió identificar en ese instante. Aquella mañana, Rebeca Turumbay se levantó con la incómoda sensación de que no iba a ser un gran día. Un lunes plomizo la recibió al salir a la calle y enseguida comenzó a caer una fina lluvia que, según la previsión meteorológica, los acompañaría tímida pero constantemente durante varias jornadas. A punto de cumplirse un año de la muerte de su madre, su estado de ánimo se asemejaba bastante al color de ese cielo sucio. Se sentía más sola que nunca. Tras los sucesos del verano pasado en Cárcar, echaba de menos a su tío Daniel y a sus amigos de la residencia. A Micaela y..., ¿por qué no admitirlo?, a Víctor. Llamaba con frecuencia a la residencia Virgen de Gracia para interesarse por el Gallardo, Anastasia, Patricio el Gitano y Marcelo. También había hablado varias veces con Micaela, la dueña de la casa rural donde se alojara durante sus

vacaciones. Y sin embargo, no había regresado al pueblo. Estuvo a punto de hacerlo en Navidad, pero no fue capaz. Ya tenía la maleta preparada cuando cambió de idea y volvió a deshacerla. Ese pequeño pueblo de Cárcar había calado en su piel de un modo inesperado, y sin poderlo remediar se sentía una persona diferente. Diferente sí, se decía a menudo, pero igual de cobarde. La perspectiva de un encuentro con Víctor Yoldi hacía que se le encogiera el estómago. A medida que fueron pasando los días, las semanas y los meses, fue viendo con perspectiva todo lo que habían vivido juntos durante aquel mes de julio en Cárcar, y eso fue perfilando en su mente una imagen del periodista de provincias muy distinta a la que se había forjado en un primer momento. Y ahí precisamente radicaba el problema. Sabía que Víctor se sentía atraído por ella, al menos así lo percibió entonces, pero Rebeca no quería una relación a distancia, ese tipo de aventura estaba abocada al fracaso.

—Ha llamado el gestor del Museo Catedralicio y le he explicado todo el proceso que seguimos hasta decidir si la pieza es auténtica o no atribuible. Se ha comprometido a proporcionarnos la información que pueda recabar al respecto, aunque es posible que haya que indagar un poco, ya me entiendes. Creo que eres la persona idónea para encargarte de este asunto. Quiero que vayas personalmente a recoger la pieza y la traigas con la precaución que requiere. Y además..., bueno, eres veinticinco por ciento navarra y tal vez quieras aprovechar la ocasión para hacer una visita rápida a tu tío.

Rebeca se quedó paralizada. Aquello tenía que ser una broma.

—¿Te ocurre algo? Creía que te haría ilusión este encargo, por eso he pensado en ti precisamente.

Rebeca Turumbay se revolvió en la butaca tratando de evitar la mirada de su jefe. Al final no tuvo más remedio que afrontar la situación.

—Ese no es el protocolo.

—Ciertamente no. Pero no estoy pensando tanto en el traslado del óleo como en ti. La familia es importante.

Asintió muy seria mientras se acariciaba la nuca de un modo nervioso e inconsciente. Puede que el destino estuviese decidiendo por ella. Y después de todo, se dijo, que vaya a Navarra no significa que tenga que iniciar una relación. En cualquier caso, vería a su tío Daniel y al resto de sus amigos y eso era algo que, estaba segura, le iba a venir estupendamente a su maltrecho estado de ánimo. Necesitaba cariño. Esa era la realidad.

—Perdona. He sido poco considerado al no habértelo consultado antes. Lo que te ocurrió en la torre de la iglesia... En fin. Lo siento. Ahora veo que no es asunto mío.

—No es necesario que te disculpes, Hugo. Estoy bien. He estado evitando esa visita, pero creo que ya es hora de afrontar lo que ocurrió y pasar página. Mi tío Daniel y sus amigos estarán contentos de verme, seguro.

—Me alegra oírte decir eso. Tienes mi permiso para pasar algún día en Navarra si te parece conveniente...

—No creo que vaya a necesitar más de un par de días. Pero gracias.

Después de la breve reunión con su jefe ya no pudo concentrarse. Su mente había volado a Cárcar y allí se había quedado, atrapada entre la iglesia, el cementerio, la cuesta de la Peña Caída y el bar Jadaí. Tras varias horas de infructuoso trabajo, decidió poner fin a su jornada laboral. Abandonó la Torre Galatea, sede de la Fundación, y se lanzó a la calle. Figueres estaba bastante animada ya en esas fechas, aunque no podía compararse con el bullicio que imperaba en el centro de la ciudad durante los meses de verano. Comenzó a caminar por las estrechas calles comerciales, mirando escaparates, a

veces deteniéndose para observar alguna prenda con más atención. De repente, fue consciente de que no estaba en absoluto interesada en vestidos ni zapatos, que miraba sin ver y que ya no estaba allí, sino en Cárcar. Solo había una cosa que podía hacer.

«Una capilla del siglo XI en la catedral de Pamplona», así rezaba el titular del último artículo de Víctor Yoldi. Antes de este había escrito otro: «Fallece el último campanero de Santa María la Real». Pero era la noticia de la capilla la que más había despertado su curiosidad pues suponía todo un hallazgo cultural, y desde hacía unos cuantos meses su interés por la pintura y el arte religioso había aumentado considerablemente. Desde que conociera a Rebeca Turumbay, tuvo que reconocer. No se habían visto desde el verano anterior, aunque sabía que la joven llamaba con frecuencia a su tío Daniel para interesarse por él y por los otros tres ancianos. También había hablado con su madre, Micaela, en un par de ocasiones, y a él le había felicitado la Navidad. La joven tenía previsto visitar el pueblo en Navidades pero finalmente algún compromiso más interesante la había mantenido alejada de Cárcar. Así pues, apenas tenía relación alguna con la guapa Rebeca. Su vida se había vuelto tan insulsa desde que resolvieran el asunto de la cueva del Ángel Caído, que no había dudado en aceptar el puesto de periodista en plantilla en el *Diario de Navarra*. Llevaba ya varios meses viviendo en Pamplona. Por fin se había independizado, aunque volvía a Cárcar casi todos los fines de semana y cualquier día si necesitaba algo, pues su madre le preparaba comida y le hacía la colada religiosamente. Ahora llevaba una vida mucho más activa, cosa que era de gran ayuda para mantener la mente ocupada y olvidar a aquella chica tan culta y cosmopolita que parecía ver en él tan solo un pueblerino ignorante. Quizá era por eso por lo que inconscientemente

había comenzado a interesarse por el arte. Puede que en su fuero interno esperase alcanzar el nivel cultural suficiente para estar a la altura de la profesora de universidad y empleada de la Fundación Dalí.

El día anterior había acudido a la catedral para cubrir la noticia del sorprendente hallazgo y en cierto modo aquella visita había removido algo en su interior, recordando la agresión a Rebeca en la torre de la iglesia de Cárcar o sus andanzas por la Peña Caída. Desde entonces todo había sido rutina en su vida. Las noticias que cubría no tenían mayor interés para él, que había llegado a informar sobre «Los crímenes de Cárcar» y «Las falsificaciones del Teatro-Museo Dalí».

De todas formas, existía algo en aquella historia de la catedral que no lograba encajar. Al parecer, el campanero había dejado una nota en la que se advertía de la existencia de una capilla románica del siglo XI oculta entre los muros. La pregunta era: ¿cómo sabía el campanero de aquella capilla? Y a raíz de esta surgía otra: ¿por qué había mantenido en secreto su existencia hasta el preciso momento de su muerte? Si algo había desarrollado Víctor Yoldi en aquellos últimos tiempos era su olfato, y le daba en la nariz que ahí había gato encerrado.

Durante la visita de los medios a la catedral, el sacristán y el responsable de comunicación les habían entregado un dossier con información detallada del descubrimiento, que incluía el plano correspondiente y todo lujo de explicaciones. Además, tuvieron ocasión de entrar en la citada capilla y fotografiar tanto su interior como el difícil acceso. A pesar de la atención que les dispensaron y la valiosa información que les ofrecieron, a Víctor le pareció que allí había preocupación más que complacencia, tensión más que contento. Aquellos hombres les estaban ocultando algo, pero ¿qué? La respuesta aún no estaba a su alcance y puede que nunca lo estuviera.

Víctor pensó que aquel descubrimiento era una excusa tan buena como cualquier otra para hacer una llamada a su amiga, que por algo era profesora de arte. Cogió el teléfono, seleccionó el contacto, puso el dedo sobre la tecla y se detuvo. Nada tenía que ver aquella historia de la catedral con Rebeca, experta en Dalí y en arte contemporáneo. Saltó del sofá, se puso su ropa de deporte y salió zumbando a la fría tarde pamplonesa para su sesión diaria de *running*. Una hora cada día de la semana durante los últimos seis meses. Nunca en su vida había estado en tan buena forma. Lástima que ella no estuviese allí para verlo.

Terencio Díaz de Rada se hallaba al final de su carrera. Contaba los días que le quedaban para la jubilación, y todo el tiempo libre del que disponía lo empleaba en preparar su retiro. No tenía mujer ni hijos, nada que lo atase a Pamplona. Tras unas largas vacaciones en las que tenía pensado recorrer las principales capitales europeas, su nueva vida de jubilado transcurriría en el pueblo de su familia, en la ribera del alto Ebro, a 75 kilómetros de Pamplona. Llevaba tiempo rehabilitando la antigua casona del siglo XVII, una casa de 380 metros cuadrados, con graneros, caballerizas, una enorme bodega subterránea, grandes habitaciones, oscuras alcobas, pasillos que rodeaban el perímetro de la casa, terrazas, varios salones e incluso una capilla en la que aún se conservaban algunos frescos. Como era un hombre mañoso, había trabajado duro reparando algunas piezas de madera, como armarios o pasamanos, pero había tantos rincones, tantos muebles y baúles, que había dejado gran parte de las tareas para cuando se trasladase a Cárcar definitivamente. Una vez allí, se dedicaría a la rehabilitación de la casa y a practicar la caza, amén de dar largos paseos y alternar con los vecinos. Apenas conocía a unas pocas personas en Cárcar, pues no quedándole familia allí, en contadas ocasiones

había puesto los pies en el pueblo desde su más tierna infancia. Por el contrario, sí que era popular entre los carcareses residentes en Pamplona pues había representado a muchos de ellos y era conocido como «el abogado de Cárcar». Así pues, solo le quedaba la recta final, vender su piso de la calle Sancho el Fuerte y hacer la mudanza. Tan solo un año. Ese era el tiempo que lo separaba de su objetivo y no pensaba escatimar esfuerzos en lograrlo. Quería la jubilación y la quería ya. Bastante había tragado a lo largo de los años. Estaba bien relacionado, sí, pero quien había tenido que bregar con todo tipo de personas sin escrúpulos era él. Quien había tenido que abordar situaciones límite era él. Se había ganado lo que poseía y no dudaba ni por un momento de que, en este mundo hostil, el fin justifica los medios.

Conduciendo bajo la manta de agua que caía en ese instante, pisó a fondo el acelerador, se saltó un semáforo en ámbar y después tuvo que frenar bruscamente para no saltarse el siguiente semáforo en rojo. Llegó a su casa consciente de que en los próximos días podía recibir una carta de tráfico con una multa bien merecida. Tras liberarse de su ropa mojada se dirigió al mueble bar. Hacía años que no bebía, pero en ese momento necesitaba una copa. Agarró la botella de coñac y se sirvió una generosa cantidad en un vaso de cristal tallado que llevaba años esperando ser útil. Vació el contenido de un solo trago y enseguida su mente comenzó a pensar con cierta claridad. Que tenía contactos en las altas esferas navarras por pertenecer a una familia notable era de dominio público. Desde que uno de sus tíos fuese consejero de Economía y Hacienda, hacía ya unas décadas, varios de sus parientes se movían como pez en el agua tanto en la Cámara de Comercio como en la Diputación de Navarra e incluso en el arzobispado. Sin ir más lejos, la casa de su familia en Cárcar era conocida como «la casa de doña Paula», y allí iban a parar durante sus visitas al pueblo los presbíteros más importantes que

pisaban la villa. Incluso el mismísimo arzobispo de Pamplona llegó a alojarse en su casa palacio hacía varios lustros. Sabía que era por esa cercanía con la iglesia y con los poderes políticos y económicos de Navarra por lo que gozaba de la confianza del arzobispado para llevar aquel caso tan peliagudo. Había servido a la Iglesia en numerosas ocasiones, pero aquello era un asunto de una envergadura tal, que se sentía de alguna manera superado. Si bien era cierto que él tenía disponibilidad absoluta dada su falta de obligaciones familiares y estaba más que dispuesto a complacer. Clavó la mirada en la botella durante unos instantes y finalmente se sirvió un segundo vaso. Se retrepó en el sillón de su mesa de trabajo y abrió el maletín donde le aguardaba el expediente de aquel delicado caso en el que se mezclaban capillas secretas, tesoros robados y un par de cadáveres.